

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1 **La que se hizo amar**, por Marcel Priollet.—
2 **Nada se borra**, por Max Dervieux.—3 **La esposa y la amiga**, por José Baeza Valero.—
4 **El hombre que no servía para nada**, por Jorge Clary.—5 **La falta del hombre**, por René Trotet de Bargis.—6 **Mujeres...**, por Francisco-Mario Bistagne.—7 **Lecciones de la vida**, por Félix Léonée.

En la selecta Biblioteca «Nuestro Corazón» acaba de aparecer el vigoroso asunto inédito, original de **FRANCISCO-MARIO BISTAGNE**

EL SEÑOR FRANCISCO

Emocionante argumento. Bellísima novela.

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de **UNA PESETA**

A. HARTA, IMPRESOR

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 332

25 CTS.



**JIM, EL
CONQUISTADOR**

POR

Elinor Fair

William Boyd

Filmoteca
de Catalunya

SEITZ, G. B.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción } PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración } Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 332

JIM, EL CONQUISTADOR

Interesante producción americana, interpretada por

WILLIAM BOYD y ELINOR FAIR

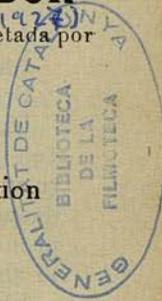
or

Producers Distributing Corporation
(PRO - DIS - CO)

EXCLUSIVA DE

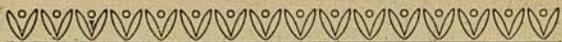
JULIO-CÉSAR, S. A.

Calle Aragón, 316 — BARCELONA



Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CHARLES FARRELL





JIM, EL CONQUISTADOR

Argumento de la película

Abril.

Italia.

Presagio de amores, ensueños, aventuras.

Una vez terminados sus estudios, el joven Jim Burgess salió de Norteamérica para visitar algunas ciudades de Europa, a fin, después de unas buenas vacaciones, de emprender con grandes bríos los negocios que le aguardaban en la vida.

En un jardín público unos cancioneros, jóvenes y buenos músicos, llamaron su atención con sus sentimentales canciones napolitanas.

Al terminar una "canzonetta" popular, que le llegó al alma, Jim, sonriente, complacido de aquel rato de música al aire li-

bre, sacóse del bolsillo de su chaleco un dólar y se lo arrojó al cancionero, un mocito lleno de carnes y graciosamente de escasa estatura.

La cancionera, que tendría su misma edad y era gentil como buena napolitana, creyó que la moneda era algo así como un anuncio, pero al ver que el mocito no la doblaba entre sus afilados dientes y que abría unos ojos como ruedas de molino, no dudó del milagro que significaba tal donativo.

El norteamericano, participando de la alegría de los dos muchachos, estaba dispuesto, para acabar de "asustarles", a regalarles otro dólar, y les dijo, como condición:

—¿Conocéis alguna canción americana?

Los artistas callejeros no cantaban más que cosas de su tierra, pero era tan simpático aquel extranjero, y tan espléndido además, que el mocito, ayudando su memoria, asintió.

Y, con su compañerita, cantó un aire de allende los mares...

El canto decía, en forma de estribillo:

"Joven yanqui aventurero
Monta soberbio alazán
Pluma lleva en el sombrero
Y es experto capitán."

Jim celebró con francos aplausos el cantar, y sorprendióse, muy agradablemente, por cierto, al escuchar otros aplausos que partían de las manos de una preciosa mujer que ocupaba un "auto" recién detenido a pocos pasos de los cancioneros.

¿No demostraba, el entusiasmo de la desconocida, que ella era también norteamericana?

La gente miró, curiosa, alternativamente a uno y a otro, los cancioneros sonrieron, y al cruzarse sus miradas, interrogadoras y expresivas, los dos yanquis experimentaron una vivísima alegría.

No se conocían. No se habían visto nunca; pero simpatizaron en seguida. Ella era hermosa y soltera, y él, simpático y enamorado del amor.

Perla Graydon se llamaba ella, y, como Jim, recorría algunas ciudades de Europa, encontrándose a la sazón en Italia disfrutando del encanto de la primavera.

Jim, obedeciendo a los impulsos de su corazón, adelantó hacia la primorosa joven, sonriéndole; y ésta, arrebolada, no ocultándosele que no podía aceptar la conversación de aquel desconocido así como así, sin haber sido presentados, sin saber quién era, hundióse en el coche y ordenó al chofer:

—¡De prisa! Al hotel...

Y Jim quedó en el camino contemplando, con verdadero pesar, como se alejaba el coche en que iba la mujer más bonita que habían visto sus ojos.

Perla, por su parte, asomaba de vez en cuando su linda cabecita por encima del toldo plegado sobre la parte posterior del "auto", y con ello parecía indicar que deseaba no perderle de vista... volverle a ver...

¿Sucedería eso?

A juzgar por lo que le decía su corazón a Jim, sí; y en cuanto a Perla... no se habría marchado tan bruscamente si el rubor no la hubiese comprometido tanto.

Pero aunque no volvieran a verse, ni uno ni otro se olvidarían jamás, porque la impresión que aquel encuentro, a distancia, les produjera, era la de la ilusión que pasa, al alcance de nuestra mano, y que se nos escapa, y que al huir deja, como encanto, el perfume del recuerdo.

Jim se decía:

—¡Qué bella, qué bella!

Y Perla, acariciando las flores que llevaba en una mano, murmuraba, entre suspiros:

—¡Ay, qué simpático era!

*
**

De Roma pasó Jim a Florencia, la magnífica ciudad de los palacios suntuosos, hermosas estatuas, recuerdos de pasadas grandezas y legendarias historias de amor.

Un "cicerone" se encargaba de conducir al yanqui por los laberínticos departamentos de un palacio.

Al llegar a otro de los pisos del palacio, Jim contempló la vista panorámica que se divisaba desde allí, pero al volverse, vió algo mejor que Italia entera.

Vió a Perla.

Y ella le vió a él.

El destino, caprichoso y juguetón, los ponía de nuevo frente a frente... aunque a distancia.

A distancia esta vez también, porque Perla se hallaba en el piso inmediatamente superior al de Jim, pero en otra parte del palacio, no pudiendo llegar hasta él por la misma escalera sino por la del torreón más próximo.

Jim y Perla lanzaron, dominados por idéntica emoción, una exclamación de júbilo:

—¡Ella!

—¡El!

Y uno y otro tendieron las manos, como afanosos de estrechárselas y reunirse aunque fuera por vía aérea, tan impacientes estaban.

Pero era imposible otro medio que el de ir uno al encuentro del otro, bajando ambos al patio del palacio, donde sin dificultad podrían hacer cuanto les impeliera a hacer la fuerza irresistible de su amor.

Porque, sí, era amor lo que los dos jóvenes sentían, a pesar de no haberse hablado nunca, es decir, a pesar de no haber pronunciado la menor palabra, pues sin ellas, con el alma puesta en sus ojos, sí que se hablaran.

Jim no vaciló en correr en pos de su amada, y Perla, imitándole, precipitóse a su encuentro.

Jim no se atrevió a esperar tanto de ella, y se disponía a subir hasta el próximo torreón y hasta el cielo, si le prestaran una escalera, para darle alcance.

Y ocurrió que el destino les jugó una nueva treta, ya que al encontrarse Jim en el patio y Perla a punto de aparecer también en él, Jim empujó la puerta de acceso a la escalera del torreón, desapareciendo por la misma, en dirección hacia la cúspide, y Perla salía en aquel preciso instante por otra puerta al patio.

No hicieron, pues, más que separarse de nuevo.

Inquieta, Perla buscaba a Jim por el patio, pero fueron inútiles sus intentos, y se proponía subir al torreón en el que antes le había visto.

—Perla, hijita — le dijo una dama, impidiéndole que volviera a separarse de ella.

—Espere, Julia... He perdido...

—No podemos perder tiempo, si queremos partir hoy.

—Retrasemos el viaje.

—¡Imposible! Nuestros equipajes están ya en la estación.

Julia Junkin, la dama que llamara a Perla, ocupaba un lujoso automóvil detenido en el centro del patio. Era una solterona muy amiga de Perla y de su familia, y se había convertido en acompañante y hermana mayor de la jovencita, que era huérfana.

Julia tenía antecedentes de Matusalén y se proponía emularle conservándose solterita... porque no le salía un novio ni por equivocación.

Perla miró de nuevo en dirección al torreón ocupado poco antes por Jim, y no viéndole, subió al coche, malhumorada, y este partió.

En el momento preciso en que el "auto" embregaba, Jim apareció en el torreón de

Perla y, viéndola en el coche, gritó, agitando ambas manos, desesperadamente:

—¡Estoy aquí! ¡Espéreme!

Ella no le podía oír ya, y Jim tuvo que contentarse con recibir una sonrisa de la dulce "aparición", y la llamamos así porque, en verdad, no parecía otra cosa aquella Eva que se eva... poraba en el momento crítico.

—¡Tendré mala pata!... — se dijo Jim—. Esta es la segunda vez que se me escapa. Si la volviera a encontrar, no se me escaparía, estoy seguro...

Unos días después, cansado de comer macarrones y de ver agua sucia en los canales de Venecia, Jim resolvió regresar a Norteamérica.

Y hasta allí le siguió el recuerdo de su insólita aventura con Perla, cuya pérdida sentía en el alma, pues era una "perla" de inestimable valor, y a la que con tanta ilusión hubiera prendido para siempre en su corazón, confundiendo a éste con una corbata.

Las vacaciones tocaban a su fin. Dentro de quince días a lo sumo la obligación le llamaría sin concederle prórroga, y como no era abusón, Jim acudiría a cumplirla con el mismo entusiasmo que si fuera a un baile a conquistar diablos con faldas cortas.

Para rematar sus días de descanso con buenos baños y entre fiestas a cual más agradable, se trasladó a una playa de moda. Le gustaba extraordinariamente tumbarse en la caldeada arena y contemplar el paisaje... como si presidiera un Jurado encargado de premiar el "maillot" más formal, es decir, mejor guardador de las formas...

Cierta noche, lunática, poética y melancólica, sí que también charlestónica, Jim se paseaba por el "hall" del hotel, elegantemente vestido de "smoking", desganado, aburrido, añorando su estancia en Italia... pensando en Perla.

Las parejas danzaban sin preocuparse de su tristeza, y ¡atiza! de pronto una mujer, que bailaba con un joven de peso Uzcudun, se detuvo en seco y un sudor frío la invadió.

¿Qué le sucedía a la bailadora aquella?

¿Se le habría desabrochado el corsé?

En todo caso, el gordo no era culpable, pues era tan necio de manos como de pies y no era capaz de tal habilidad...

¿Qué le ocurría, entonces?

Sencillamente: había visto a Jim.

¿Le conocía?

¡Ya lo creo! ¡De toda la vida!

¿Era su madre?

¡Qué barbaridad!

Era... ¡agarrarse!... era Perla.

Ni que decir tiene que la linda jovencita dejó plantado a su bailador, y que, presurosa, acudió a reunirse con Jim, pero éste salía al exterior del balneario cuando ella iba a ponérsele delante, para hacerse reconocer, toda vez que él no la había visto todavía.

La solterona, que se hallaba a pocos pasos de la puerta por donde saliera Jim, detuvo a Perla.

—¿Adónde va usted tan de prisa? ¿La ha pisoteado ese caballero?

El caballero en cuestión, extrañado de la brusca separación de Perla, se acercaba a ella para suplicarle la continuación del baile, y Perla, a fin de librarse de él, cuando tan necesitada estaba de hallarse sola..., dijo a Julia:

—Ese caballero es una excelente persona, y si usted supiera lo bien que me ha hablado de usted... Mírelo, viene hacia aquí... Atiéndale como se merece y dígame que estoy un poco mareada...

El caballero fué bien recibido por Julia, y aprovechando la conversación en que los dos se enfrascaron, Perla salió del baile, yendo a reunirse con Jim, que contemplaba el mar que murmuraba a sus pies.

Lentamente Perla se aproximó al joven,

y éste, en tales instantes, la evocaba con pasión, antojándosele que, cual nuevo Moisés, pero sin túnica hasta los pies, sino con un palmo escaso de ropa, caminaba por encima del agua hacia él.

—¡Qué tonto soy empeñándome en pensar en esa celestial criatura, a la que nunca más volveré a ver! — exclamó, levantándose.

Pero... ¿qué era aquello? ¿Seguía soñando despierto? ¿Qué hacía allí, delante de él, Perla? Si era cierto que acababa de surgir del agua, no era posible que sus zapatitos no se hubiesen mojado lo más mínimo. Sería tan sólo una visión que se disiparía al momento.

Sin embargo, Perla seguía mirándole con ternura, sin moverse, y Jim, convencido de que no se había vuelto loco, reconoció que el cielo, que todo lo ve, todo lo oye y todo lo puede, se había dignado, por fin, enviarle a su amada al llamarla imperiosamente su corazón.

Y, todo a su emoción, rumoreó, como si temiera romper el encanto:

—¡Amada mía!

Perla, enamorada como él, suspiró, también casi imperceptiblemente:

—¡Mi amado!

—Te esperaba...

—Yo también...

Acercáronse lentamente, suavemente, y al juntarse en amoroso abrazo, Jim, completamente desvelado, besó fuerte. ¡Con lo que él había estado deseando aquella ocasión!

Al reaccionar, o sea, al soltarla un poco Jim, Perla huyó de él, para fingir que le daba mucha vergüenza haberle besado, y Jim, temeroso, con sobrada razón, de que se le escapase de nuevo, la siguió de cerca; pero al pasar junto a unas rocas que formaban varias cuevas, Julia, que, sorprendida, había presenciado la escena del beso, empujó a Perla hacia ella, desapareciendo las dos en la sombra de una de las cuevas naturales.

—¿Quién es ese joven? — le preguntó.

—Cállese... está ahí...

En efecto, Jim pasaba junto a ellas sin verlas y cuando se hubo alejado, entrando en el Casino, donde creía que Perla había entrado ya, ésta y Julia perdiéronse por el paseo de la playa, para enterar Perla a su acompañante de toda la verdad, a fin de justificar ante ella el beso que dió a Jim y que fué de amor y no obra de un capricho pasajero.

—Y ahora, es seguro que ya no nos separaremos nunca más, que él se decidirá a

impedirlo casándose conmigo. El viaje a Italia me trajo suerte, ¿no?

—Si al casarse llama usted suerte, sí...

—Naturalmente... Yo estoy enamorada, y él me quiere.

—No se fie usted demasiado de los hombres. El mejor suele ser el peor.

—Sus consejos, en este caso, no tienen valor para mí... y no le digo esto con ánimo de molestarla... porque usted no conoce a los hombres.

—Ni me interesa conocerlos. Yo huyo a tiempo del peligro.

Jim, en tanto, se desesperaba buscando a Perla en el salón de baile y en los salones inmediatos.

¿Cómo era posible que no estuviese allí, ni en ninguna parte?

¿Es que el juego de "perdida y ganada" iba a prolongarse "in eternum"?

Aquello pasaba de negro azabache a rojo indignante.

Indagaría, iría de un lado a otro sin descanso, imposibilitaría la huida — si tal era el intento de Perla — de su amada, y tan pronto como la encontrase la llevaría a casa del primer Pastor que le saliera al paso, para que los atase con el matrimonio, apretando cuanto más mejor el lazo.

Pero lejos estaba del pensamiento de Per-

la la fuga. Ilusionada, estaba a punto de regresar al balneario, cuando Jim recibió el siguiente telegrama:

"Jim Burgess. — Hotel Miramar.

Su padre herido por David Maler en una disputa por ganado. Médico teme fatal desenlace. Venga en seguida. — José."

Se veía, presa de los más negros temores, obligado a acudir a la llamada del capataz de la hacienda de su padre. No podía exponerse a llegar, por su causa, demasiado tarde para salvar a su querido progenitor.

—¿A qué hora sale el primer tren para el Oeste? — preguntó al "botones" que le trajo el telegrama.

—Dentro de veinte minutos, señor.

Muy a pesar suyo, Jim no pudo esperar a encontrar a Perla, y partió en seguida, lamentando perder por tercera vez al verdadero amor de su vida.

¡Caramba con el destino!

*
**

El ranchero que conducía a Jim a su hacienda, en un "auto" que servía para todo, le enteraba de lo ocurrido.

—David Maler tiró contra su padre por la

espalda. Lo dicen así los rancheros que lo vieron.

—¡Miserable! Pero ¿por qué hizo eso?

—David se enojó con su padre de usted, que le obligaba a respetar sus derechos. David quería tomar el agua de la propiedad de su padre de usted y llevársela toda a su rancho, y también se dice que quería apoderarse del ganado.

—¡Bandido! Pero ya veremos quién gana.

Poco después apeóse Jim del "auto", y al entrar en la casa de su padre encontró a José en el patio, lleno de tristeza.

—¿Qué hay, José?...

El capataz respondió, emocionado:

—Ha llegado usted demasiado tarde. Su padre quería vivir hasta verle, pero no ha sido posible.

¡Muerto! ¡Y sin haberle podido volver a hablar! ¡Pobre padre!

Jim entró en la cámara mortuoria y lloró como un niño. Luego, contemplando los objetos que pertenecieron al difunto, sus manos acariciaron un cinturón de cartucho y el revólver que colgaba del mismo, y murmuró:

—Descansa tranquilo, padre mío. Yo haré honor a tu apellido.

... ..

Jim giraba una visita de inspección por sus dominios. Contempló desde un cerro los vastos prados que le pertenecían, y dijo a José, que le acompañaba, montados ambos a caballo:



—*Ha llegado usted demasiado tarde.*

—¿Por qué no se me llamó en seguida en cuanto surgió la disputa?

José replicó:

—Su padre nunca pidió auxilio a nadie.

—Sí, era un valiente, como pocos.

—Un hombre cabal. Sus últimas palabras

fueron: "Decidle a Jim que confío sabrá defender nuestros derechos".

Jim meditó sobre lo que convenía hacer. Lucharía contra todos sus enemigos, y vencería.

Al apearse de su caballo, seguido por José, detúvose en un bosque y leyó el siguiente cartel clavado al tronco de un árbol:

"Aviso

Se prohíbe a los pastores el paso por este lugar."

Este cartel lo mandó colocar su padre, y él lo haría acatar sin contemplaciones.

De pronto sonó un disparo y una bala se incrustó en el cartel en cuestión.

Los enemigos de Jim empezaban a manifestarse, a traición, como acostumbraban proceder.

Y dijo el bravo mozo:

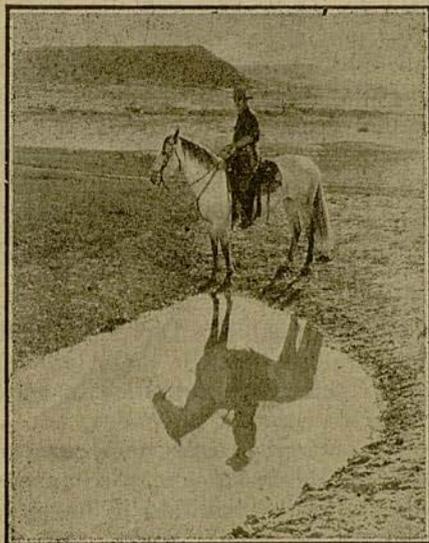
—Lucharé contra ellos hasta vencer o morir.

... ..

El hecho de saber que había llegado otro Burgess a la comarca hizo que se reunieran, para tomar decisiones, los pastores enemigos del viejo Burgess, recientemente asesinado.

David Maler, el jefe de todos ellos, era

un hombre vicioso y de malos sentimientos.



Jim meditó sobre lo que convenía hacer.

Un importante propietario de ganado, Samuel Black, era también un hombre peligroso.

De la confabulación surgió un acuerdo

Lo tomó David Maler, quien dijo a los de más:

—No hay que preocuparse por ese joven Burgess. Yo me encargo de él.

Y a los pocos días de haber llegado, Jim, que guardaba el ganado, mientras éste parecía tranquilamente en un prado, vió llegar hasta aquel dominio a David Maler.

¿Qué quería aquel bandido?, preguntóse.

David siguió avanzando, abriéndose paso entre el ganado, y disparó su rifle contra Jim, no alcanzándole por verdadero milagro.

Jim repelió enérgicamente la agresión, y, apeándose de su caballo, David se ocultó de él, arrastrándose por el suelo para acercarse sin temor y tratando de burlarle, para matarlo, como a su padre, por la espalda, parapetándose tras unos matorrales.

Jim se agachó a su vez, y comprendiendo la intención del bandido le burló hábilmente, logrando ser él quien se colocara detrás suyo.

Cuando lo tuvo a su merced, Jim, que era noble, gritóle:

—¡Manos arriba y largo de aquí!

Pero David volvióse prestamente y le disparó otra vez su rifle, sin alcanzarle tampoco en el segundo intento; y Jim, obligado

a defenderse, disparó su revólver, matando en el acto a su agresor.

¡Su padre estaba vengado!

**

El testamento de David decía así:

“Perla es la hija de mi difunto hermano. A esta sobrina mía dejo todo cuanto tengo y le encargo que cuide personalmente de mis ranchos.

David Maler.

Son testigos de mi última voluntad: Samuel Black y Henry Milford.”

Jim no había podido olvidar a Perla, pero estaba lejos de suponer que su amada era sobrina del bandido más bandido de todos aquellos bandidos, y que se hallaba en camino de las propiedades heredadas de su tío.

En efecto, Perla, acompañada de Julia, se acercaba al rancho de Maler, para posesionarse de él cumpliendo la expresa voluntad del finado.

Al llegar, la recibió groseramente el capataz, que era un bruto que se había dejado dominar por Samuel.

Este presentóse a ella un poco después, y, siguiéndola al interior de la casa, enterróla de su influencia sobre los hombres del rancho y le dijo:

—Con la muerte de su tío es seguro que



... la recibió groseramente el capataz. .

la señorita Perla estará ahora de nuestra parte.

—¡Claro! Yo hubiese querido que el "sheriff" de este distrito no hubiera sido tan débil no ordenando el encarcelamiento inmediato del aseino.

Jim, con gran espanto del capataz y de varios hombres del rancho de Perla, llegó a las puertas de éste al galope de su caballo. Al apearse vió escondidos detrás de las maletas de la recién llegada a aquéllos y les gritó, valerosamente, demostrándoles que no le causaban miedo sus cargadas pistolas:

—No deseo comenzar ninguna batalla, por ahora. Conque, arriba, señores...

A continuación, dirigiéndose al capataz, añadió, furioso:

—Pero me parece que pasará algo gordo si no retiráis inmediatamente vuestro ganado de mis prados. ¿Comprendido? A ver si voy a tener que repetirlo.

El capataz respondió, encogiéndose de hombros:

—Eso se lo cuenta usted a otro; yo no soy el propietario. Si quiere algo, entre y hable con la chica que acaba de llegar para hacerse cargo de todo lo de Maler.

Jim entró en la casa, coincidiendo con la salida de Samuel, y al verse ante Perla quedó asombrado.

—¡Oh! ¡Esto es verdaderamente novelesco! ¡Temía no verla a usted nunca más!

—¡Qué sorpresa! ¡Ah! Con razón suponía yo que nos volveríamos a encontrar. Pero... ¿qué hace usted aquí?

—¿No lo sabe? Soy el propietario del rancho vecino. Soy Jim Burgess.

—¿Qué está usted diciendo? Jim Burgess es, si no me han engañado, el hombre que mató a mi tío David. ¡Oh!

—Es cierto, pero le maté en defensa propia, pues él me atacó cuando yo le perdonaba la vida.

—¡No se acerque! ¡Es usted un asesino! ¡Qué desengaño!

—Pero, Perla...

—Es inútil... No puede ser... Lo que llegamos a creer posible hace unos instantes, se ha convertido en una cosa irrealizable.

—Escúcheme, Perla...

—No, no puede ser.

Julia, que llegó entonces ante ellos, miraba hostilmente a Jim.

—No la haga usted sufrir más, y márchese — le dijo, señalándole la puerta.

—Está bien. Pero he venido aquí para hacer una advertencia y no me marcharé sin hacerla — replicó, crudamente, Jim, dirigiéndose a Perla—. Le ruego que tome sus medidas para que sus ganados no vuelvan a entrar en mis prados y a beber en mis aguas.

Al poco una gran detonación asustó a las dos mujeres. Perla temió que a Jim le hu-

biese sucedido algo malo, y salió a comprobarlo.

No había ocurrido nada. Todos los rancheros enemigos se habían asustado, pero se calmaron al punto, pues la detonación



—Soy el propietario del rancho vecino. .

fué originada por haberse reventado un neumático del "auto" de Jim.

Y Perla recobró la tranquilidad al verle sano y salvo.

Peró Samuel rugió para su capote.

—Pronto nos veremos con ese pollito.

*
**

Aquella noche, Julia, armada hasta los dientes, se acostó en la litera superior de las dos que había en el cuarto que le reservara Perla; pero, hundiéndose al removerse, intranquila, en el lecho, pasó a ocupar la litera inferior.

Perla rió al ver a su amiga hundida en el rectángulo de madera de la litera superior, y Samuel y el capataz, que acudieron a los gritos lanzados por Julia, se rieron también de ella, encargándose los dos hombres de sacarla del apuro.

Pero en lugar de agradecerles su ayuda, Julia los puso verdes, imaginándose que la habían ofendido en su pudor viéndola en camisón de dormir.

Perla dispúsose un poco después de aquel cómico incidente a acostarse, y al salir del cuarto de Julia para ir al suyo, oyó como Samuel le decía al capataz de Maler:

—La dinamita está preparada para las dos de la madrugada, ¿no es cierto?

—Sí — contestó el capataz.

—De acuerdo. Allí estaré yo. Al fin venceremos a Jim, arruinándole con el aniquilamiento de su ganado.

¿Qué decían aquellos hombres? Perla no quería que le causaran el menor daño, y, resuelta, fué al encuentro de Samuel, del que el capataz acababa de separarse.

—¿Cree usted que yo voy a dejar hacer eso? — le dijo, severamente.

—Esto es cosa de hombres, y usted no tiene que intervenir para nada.

—¡Yo iré a avisar a Jim!

—¿Se ha vuelto usted loca?

—¡Déjeme!

—No, de ningún modo.

Perplejo ante la actitud de Perla respecto de Jim, el asesino de su tío, Samuel la encerró bajo llave en el cuarto de Julia, y prosiguió, continuando en la casa, en sus meditaciones encaminadas a derrotar de un modo rotundo a Jim.

Illuminada por su amor, que era fuerte, novelesco, temerario, Perla saltó por una ventana de la habitación al exterior y montando en un caballo partió al galope hacia el lugar donde le indicaron que pasaba la noche Jim con el ganado.

Julia se sintió también audaz y, amenazando con un cuchillo a un rancharo, le obligó a conducirla con el "auto" a casa de Jim, comprendiendo que en ella estaría segura, pues no ignoraba cuánto amaba él a Perla y no podía ya dudar del amor de ésta

hacia él a pesar del asesinato que se le imputaba y del que fué conociendo detalles favorables para el noble joven.

Samuel vió partir a las dos mujeres y lanzóse lleno de cólera a ordenar la precipitación de los acontecimientos.

Perla, reventando su caballo, llegó hasta Jim y se dejó caer en sus brazos.

—¿Usted aquí? ¿Qué ocurre?

—¡Pronto, Jim, sálvate!

—¿Qué dices? ¿Qué ocurre?

—¡Hay peligro! ¡Han puesto dinamita!

Jim dijo a su capataz:

—José, lleve a la señorita al rancho, en sitio seguro.

—¡No te separe de mí, Jim! — suplicó Perla.

—Entonces, ¿te intereso? ¿Ya no me odias?

—¡Cómo puedo odiarte, si te he amado siempre!

Las doce estaban al caer. Jim, José y Perla ahuyentaron al ganado, y cuando Jim acababa de apoderarse de una tierna oveja en la que puso verdadero cariño, la montaña de piedra que se alzaba sobre el lugar donde descansaba el ganado durante la noche, se resquebrajó al producirse la anunciada explosión, que Samuel no pudo anticipar.

Todo el ganado de Jim se salvó, y en el derrumbamiento del monte encontró horrosa muerte el capataz, cómplice de Samuel, quien jurábase vengar.

Desde el montículo en que estaba veía perfectamente a Perla y Jim, y disparó su revólver contra éste, pero la bala dió en la linterna sorda que Jim colocara ante el rostro de Perla para verla sonreír al decirle él que la adoraba.

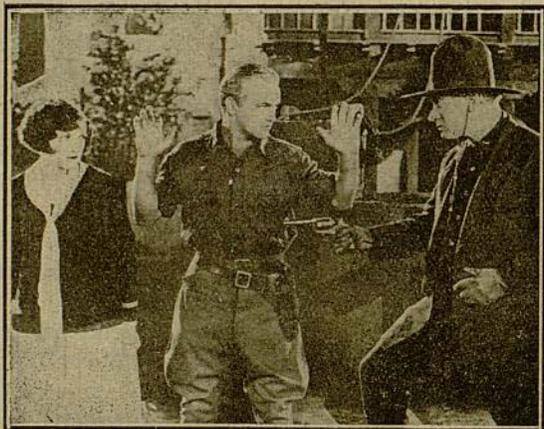
*
**

Samuel y sus hombres se apoderaron al día siguiente de la vivienda de Jim, en la que se hallaba Perla y Julia, y Jim, que se negó a huir con Perla, para ser felices lejos de todo peligro, pues quería demostrarle que no era un cobarde, fué apresado por los bandidos.

Perla suplicó piedad para su amado a Samuel, pero éste, que quería ver por sus propios ojos la muerte de su enemigo, mandó colgarlo de una viga en su propia casa; y para que Perla no le molestase, Samuel la encerró en el cuarto de Julia, con ésta.

Desde un ventanillo pudo Perla cortar las ligaduras de Jim, y éste, al ser colgado, asíóse a la cuerda con habilidad suma, con

ambas manos libres, y lanzóse al vacío cogido a ella. Así estuvo en un santiamén en el patio, y como los bandidos le persiguieron, él consiguió hacerlos entrar en la bo-

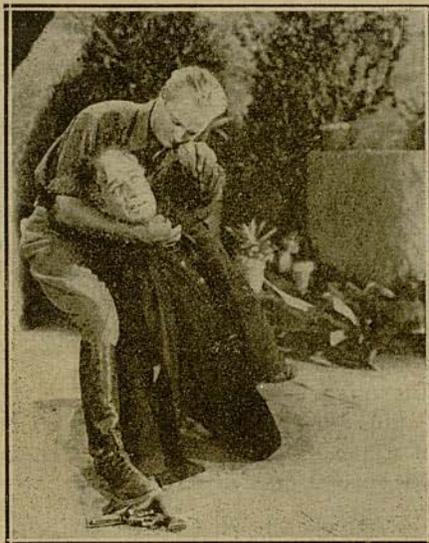


... fué apresado por los bandidos.

dega y salir sin ser cogido, encerrándolos dentro a todos.

Sólo quedó fuera Samuel, y Jim luchó con él a muerte, secundándole admirablemente Perla... y el destino, que al fin servía para algo bueno, pues Samuel colocó involuntariamente un pie en el lazo escurridizo pre-

parado para colgar a Jim, y quedó suspendido en el vacío.



... luchó con él a muerte...

Llegó en aquel momento el "sheriff" con varios hombres del rancho de Jim mandados por José; y los bandidos encontraron su merecido.

**

Julia dijo a Perla:

—¿Qué hacemos? Ya pasó el peligro.

Perla contestó:

—Podemos volver a casa ahora mismo.

Jim mandó a paseo a Julia y dijo a Perla, estrechándola entre sus brazos:

—Desde que nos conocemos no nos han sucedido más que calamidades. ¿Por qué no nos suicidamos de una vez, tesoro mío?

—¿Quién matará a quién?

—Nos mataremos simultáneamente, es decir, nos matará el Pastor.

Y fueron a casarse.

Lo que no podemos asegurar es si volvieron a perderse.

Pero ya era más difícil...

FIN

Próximo número

La preciosa novela

NEGOCIOS ARRIESGADOS

De la PRO - DIS - CO. — Famosa marca